

19 de septiembre

Día en que se suspendió la vida cotidiana de nuestra ciudad para abrir un paréntesis de reflexión obligada por la magnitud de la tragedia. Como toda gran crisis, la que provocaron los sismos de los días 19 y 20 de septiembre del presente año, además de haber sido la causa directa de múltiples problemas, ha venido a poner de manifiesto muchos otros que ya estaban presentes en la ciudad de México, como el hacinamiento en las colonias populares, la falta de vivienda barata para la población de escasos recursos, las condiciones de explotación prevalecientes en algunas actividades productivas como los gremios de costureras, de zapateros, etc., la irresponsabilidad de los constructores, la corrupción de las autoridades que supuestamente debieron certificar la seguridad que ofrecían los edificios, y desde luego la falta de democracia en la administración de la ciudad, la cual redundó no solo en privar a muchos millones de ciudadanos de sus derechos civiles, sino que también ha engendrado una gigantesca burocracia omnipotente e ineficiente.

Sin embargo, el dolor, la destrucción y la crisis han tenido también una contrapartida positiva, la generosidad y la solidaridad de la población citadina sin distinciones de clases o de ideologías; esta población obligada a

soportar la torpeza de autoridades siempre impuestas, ha sabido retomar la ciudad, su ciudad, y salir a la calle a prestar ayuda a sus vecinos o conciudadanos en forma anónima, sin pretender tender redes de control político, ni de poder personal, sino sólo como una respuesta vital ante la desgracia de los demás. Esa ayuda quizás a veces fue torpe, a veces un tanto aleatoria, pero muchos coinciden en que fueron las acciones espontáneas de la población civil, las que más eficientemente auxiliaron a los damnificados.

A poco más de un mes de distancia del sismo, es importante recordar que no deberá cerrarse este capítulo sin señalar con claridad a los responsables de muchas de esas pérdidas irreparables, sobre todo en vidas humanas. Pero ahora lo más importante es pensar en la reconstrucción y en la responsabilidad que todos seguimos teniendo frente a los damnificados, aún cuando esa responsabilidad pesa más directamente sobre las autoridades. Ahora que la crisis está pasando, se regresa a la vida cotidiana y se empieza a olvidar que hay muchas personas para quienes ésta ya no será la misma, niños y adultos que siguen siendo damnificados y para quienes la creación de la enésima comisión nacional de reconstrucción no ha significado nada; ellos esperan que se prolongue la solidaridad de sus conciudadanos y que las autoridades emprendan acciones concretas. Pero esa transición entre la crisis y la vida cotidiana, entre la acción solidaria espontánea y la acción gubernamental, que debería aportar soluciones de fondo para restablecer, en la medida de lo posible, la normalidad en la vida de la población afectada, padece enormes vacíos de comprensión y de responsabilidad.

Preocupados por esta problemática, el Colegio Mexicano de Antropólogos, el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales y la Sección de Investigadores y Personal Académico del Sindicato del INAH (SENTE) convocaron a un foro de discusión sobre las alternativas de la reconstrucción en el cual participaron investigadores que han realizado trabajos sobre los efectos del sismo en la población de la ciudad de México. Psicólogos, sociólogos, antropólogos, urbanistas y arquitectos, así como representantes de organizaciones de damnificados estuvieron presentes. Sin pretender ser exhaustivas, algunas de las conclusiones más sobresalientes se sintetizan a continuación. (Este foro tuvo lugar en el Museo Nacional de Antropología el día 17 de octubre).

Independientemente de las causas geológicas que dieron al sismo mayor intensidad en la ciudad de México, las consecuencias tan graves que tuvo aquí se debieron en buena medida a la centralización, tanto de población como de servicios y comunicaciones. Se señaló también la necesidad de democratizar los procesos de elección de las autoridades de la ciudad, con el fin de acrecentar el compromiso de éstas con la población y de fortalecer su

legitimidad. Respecto de las tareas de reconstrucción, se enfatizó la responsabilidad que tienen las autoridades de resolver el problema de la vivienda de los damnificados de escasos recursos, y otros colaterales, como empleo, salud y educación; y la importancia de tomar en cuenta a las organizaciones que los representan en los programas de reconstrucción. Se mencionó como un resultado de las encuestas realizadas que la población más afectada, tanto en el centro de la ciudad como en las colonias Morelos, Tepito, Lorenzo Boturini, entre otras, difícilmente sobrepasa el salario mínimo por familia, en lo general es oriunda de la capital y no tiene ningún interés en irse a vivir a otra parte, ni tampoco recursos para hacerlo, por lo que se piensa en que será necesario restaurar sus viviendas en esas mismas colonias, procurando mejorar las condiciones previas. Esta población de hecho era ya “damnificada” por las condiciones socioeconómicas prevalecientes antes del sismo que la habían colocado en condiciones de miseria inaceptables para una sociedad que aspire a la justicia, por ello se les denominó “damnificados históricos”. También se hizo hincapié en que no es posible pensar en que habrá un solo modelo de reconstrucción válido para todas las zonas dañadas, sino que será necesario encontrar soluciones apropiadas para cada grupo social afectado, respetando su cultura e idiosincracia.

Se planteó que el Estado debe suspender todo pago al extranjero con motivo de la deuda externa, en virtud de que esos recursos son indispensables para la reconstrucción: México no necesita que lo ayuden los países acredores, basta con que dejen de extraer los recursos que genera el país. También es necesario que el Estado garantice por ley que los organismos que de él dependen tendrán los recursos suficientes para hacer frente a sus responsabilidades, y se mencionó en especial el caso del Instituto Nacional de Antropología quien en buena medida deberá hacerse cargo de la reconstrucción del centro histórico de la ciudad. Será necesario también evitar que las acciones que emprenda el Estado para la reconstrucción favorezcan la especulación con bienes inmuebles o servicios y que favorezcan una mayor acumulación de capital en vez de ser acciones tendientes a la redistribución.

Finalmente se analizó el papel de los científicos sociales, quienes tienen el compromiso de contribuir con sus investigaciones al mejor conocimiento de los problemas de la población afectada, y en general el análisis de las alternativas para la reconstrucción y la descentralización. Incorporar experiencias de otros países en aspectos de organización de la sociedad en casos de desastre, o en la solución específica para algunos de los problemas más críticos que se presentan, como es el de la vivienda popular; respecto del

cual sería interesante conocer las técnicas de autoconstrucción usadas en Cuba o en Polonia. También se señaló que será necesario que el Estado tome en cuenta la opinión de estos investigadores en las comisiones gubernamentales encargadas de llevar a cabo los programas de reconstrucción.